PAGINA LITERARIA
DE EL INFORMADOR
A CARGO DEL DOCTOR PEDRO RODRIGUEZ LOMELI

El Caudillo

Por Roberto J. Payro

Don Ignacio era el hombre de la oposición en Pago Chico. Las autoridades lo miraban como su bestia negra, y el pueblo, siempre descontento, tenía puestas en él sus esperanzas, seguíalo en todas sus empresas políticas, le daba a defender sus intereses. Sin don Ignacio, Pago Chico hubiera sido un cementerio de vivos; con él, ni siquiera se ejercía el derecho del pataleo.

No era don Ignacio muy largo, pero alguno de sus correligionarios hallaba modo de lograrle préstamos y donativos, ya para sus necesidades personales, ya para lo mismo, pero bajo el pretexto de gastos de propaganda. El se sometía refunfuñando, pues, ¿cómo ser jefe de partido si se comienza por descontentar a los partidarios? Pero apuntaba... Su viejo cuaderno de notas, tenía páginas como ésta:

Prestado al **Gordo**, que está sin trabajo 5,00 pesos.

A Juan para la copa, 0,20 pesos.

Un letrero y una bandera para el comité, 15.20 pesos.

A la chica Dominga para que haga venir a sus hijas a la inscripción, ... 25.00 pesos.

Una decena de bombas, 6.00 pesos.

Sumaba cuidadosamente don Ignacio estas partidas, que en tres años de oposición a todo trance habían alcanzado a formar una gruesa suma, cuatro o cinco mil pesos, y no examinaba su cuaderno sin lanzar un suspiro y sumirse en profunda meditación. —¿Quién pagará estas misas? se decía.

O, conversando con sus tenientes, hablaba de la patria, de los deberes del ciudadano, de los sacrificios que hay que hacer en pro de la libertad, de la abnegación que exigen los partidos de principios, para terminar diciendo:

—Yo soy el pavo de la boda.

Silvestre, el boticario, se encogía de hombros instruido de las alusiones de don Ignacio y considerando que de todos modos su popularidad le salía barata en estos tiempos en que no se puede ser popular sin dinero. Alguna vez le insinuó, con frase no muy atildada:

—El que quiera pescado, que se moje... el que le dije.

Acercábanse las elecciones; el gobierno de la provincia, preocupado por la importancia que iba tomando la oposición, había resuelto darle una válvula de escape, dejándola introducir algunos de los suyos en las municipalidades de campaña.

Pero esta resolución no era conocida y la efervescencia popular continuaba a más y mejor. En Pago Chico preparábase un **mitin**, un **meeting**, o cosa así, que debía tener lugar en el antiguo reñidero de gallos, único local fuera de la cancha de pelota, apropiado para la solemne circunstancia, puesto que el teatro —un galpón de cinc— pertenecía a don Pedro González, gubernista, que no quería ni prestarlo ni alquilarlo a sus enemigos de causa.

Llegado el día, don Ignacio, que había contratado la banda a su costa, hecho embanderar el reñidero, y comprado unas docenas de bombas de estruendo, esperó impaciente la hora de su discurso, un discurso ya mil veces repetido en todos los tonos, palabra más, palabra menos, durante sus tres años de caudillaje.

Cuando subió a la improvisada tribuna, rodeábalo un pueblo vibrante y entusiasta que sólo pedía correr al sacrificio, a la lucha, al atrio, a las urnas, don Ignacio estaba radioso. Sus palabras hicieron el acostumbrado efecto arrebatador, especialmente cuando, con grandes gritos y violentos ademanes, reprodujo la frase:

"Los mandatarios impurosque engordan a costillas del abdomen del pueblo, no pueden continuar un día más en el poder. El gobierno local tiene que entregarse a personas honradas que no roben, a hombres sanos que no se apoderen de las rentas, a ciudadanos que sean capaces de relamberse junto al plato de caldo gordo sin tocarlo con un dedo".

Los bravos, los vivas, los palmoteos estallaron como siempre, o por mejor decir, más que nunca, cubriendo la voz del orador que al fin logró dominar el bullicio, gritando:

—¡Conciudadanos! ¡Viva la honradez administrativa!

—¡Vivaaa!

—¡Abajo los espoliadores del pueblo!

—¡Abajo! ¡Mueran! ¡Viva don Ignacio! ¡Viva la honradez! ¡Viva el patriota!

¡Shuitz... pum!, y música, grandes golpes de bombo, alaridos de pistón... y otra bomba y otra. ¡Qué entusiasmo, qué delirio!. ¡Pra-ta-ra-tracpum! ¡Un cohete!, y vivas y más vivas, una lagazara, un jubileo como nunca se vio en Pago Chico, tanto que el batarás encerrado en un cajón, encrespó la pluma, golpeó los musculosos flancos, con las alas y lanzó un ronco y estentóreo co-co-ro-có, como diana triunfal del vencimiento.

—¿Qué el ha parecido el **meeting**, don Ignacio? —prebuntábale por la noche Silvestre.

—¡Oh, magnífico! ¡Me ha costado más de quinientos pesos!

Mentira, gastó sólo ciento cincuenta, pero con tal habilidad...

Silvestre lo miró de arriba abajo, sardónico, se encogió de hombros, clavóle la vista entre ceja y ceja, y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, exclamó:

—Nuestra Señora del triunfo nunca ha sido popular.

Don Ignacio se encrespó como el gallo del reñidero, y se puso rojo de ira.

—¡Vos te crés que lo digo de agarrau! ¿Y a mi que me importa la plata?... ¡Pero lo que es otro no sería tan pavo!... Ya llevo gastada una porretada de pesos, sin que nadie miagradezca.

Mientras esto decía el caudillo, Silvestre había tomado la guitarra —estaban en la botica— y cantaba acompañándose con grandes golpes de uña en las seis cuerdas:

—¡Y ásime... gustáun... tirano.

Abra labocay... no grite!

El jueves llegaron dos delegados gubernistas de la capital para preparar las elecciones comunales del domingo. Apenas instalados, trataron de provocar una entrevista con don Ignacio, para hacerle proposiciones. Pero Silvestre —la oposición dentro de la oposición— estaba allí oído alerta, ojo avizor, husmeando como politiquero de raza la componenda en ciernes, adivinándola antes que se hubiera iniciado.

Viera, a todo esto, habia visto oscurecerse su estrella, eclipsada por la triunfante de don Ignacio. Tampoco él quería "componendas", y así lo escribió en la Pampa. Inútilmente, porque el meeting, había dado el mando a su rival, sosteniendo por los envidiosos de la popularidad del periodista, y por los que sólo hacían política opositora buscando una ubicación, amén de los que don Ignacio compraba como se ha visto. No faltaron, pues, las previsiones, los vaticinios, las amenazas de perder lo hecho sin esperanza de rehacerlo más tarde...

Sin embargo, la entrevista tuvo lugar, don Ignacio no pudo resistir a una transacción que lo llevaba de golpe y zumbido a la municipalidad que él creía tan verde aún, y el domingo siguiente resultó electo concejal, a pesar de los aspavientos del Silvestre, de los artículos-brulote de Viera y la agria censura de gran parte de sus partidarios del día anterior.

Llegado al Consejo, sus colegas gubernistas, dirigidos por los delegados de la capital, no era la primera zorra que desollaban éstos, lo designaron para intendente.

—En una semana se habra desmonetizado —decían aquellos profundos políticos.

Pero la mayoría de los oficialistas protestaba irritada contra lo que consideraba una cruel e inmerecida derrota; en cambio, el ex intendente, un cuyano ladino, caudillejo él también, declaraba divertidísimo que aquella evolución era "de mi flor".

—¿No le parece una barbaridá, Paisano —así le llamaban—, que hayan hecho intendente a don Ignacio?

El paisano sonreía, encendiendo el negro, y luego, sacándoselo de la boca, contestaba con toda calma, y no sin algo de burla:

—¡Déjenlo pastiar qu'engorde!

Y, en efecto don Ignacio comenzó a engordar en la Intendencia, haciendo en ella lo que sus antecesores, y rebañando cuanto pesito encontraba a su alcance.

Un día tuvo una grave explicación con Silvestre, que le echaba en cara sus procederes administrativos, muy alejados de la honradez acrisolada que exigiera en tanto discurso, en tanta proclama, en tanta profesión de fe a los pueblos en general y al de Pago Chico en particular.

—Mire don Ignacio, ¡lo qu'está haciendo es una vergüenza!

Don Ignacio lo miró de hito en hito.

—¿Y qu'estoy haciendo, vamos a ver?

—¿Quieres que le digo? ¿Quieres que le diga? ¡No me busque la lengua, canejo!

—Decí, decí no más.

—¡Está robando como los otros!

El caudillo estuvo a punto de pegarle, pero se dominó, tragó saliva, y cuando se creyó bastante dueño de sí mismo, dijo con tono convincente:

—¿Y a mí quién me paga lo qu'hecho?

¿Y la platita que mián comido...?

Y después de una pausa, más insinuante aún, confidencial y tierno, exclamó como quien esboza un sublime programa:

—Dejá que me desquite y verás qué honradez!...

POESÍA

LOS CANTOS A LA LUNA

Especial para "EL INFORMADOR"

Hay mil antologías con cantos a la luna,
la antorcha del espacio que cambia radiación;
de mujeres románticas la delicia oportuna,
de juventudes mágicas fugaz predilección.

La noche silenciosa la vuelve menos bruna
los rayos de blancura que da su proyección;
en mares agitados alumbra hasta la duna,
más bellos son los tumbos con su iluminación.

Mas ya están liquidados los líricos idilios,
no habrán de repetir los presentes Virgilios,
los hombres ya pisaron su territorio astral.

El potente país clavó en sus rocas bellas
el épico pendón de las Barras y Estrellas,
la hazaña de los siglos para siempre inmortal.

José Juan Ortega.

Un Marco

Por Rolf SCHOERS

El cajero de un hospital nunca tiene un gran sueldo, ni aun siendo padre de tres hijos. Y el dinero que le entregan por la ventanilla no llega a él amablemente, como le llegaría si fuese vendedor de rutilantes mercancías, de exquisitos objetos. Se lo alargan con un suspiro. Y él, que trabaja en las oficinas del hospital, sabe muy bien cuándo ha de ahorrar. La Administración, como se ve obligada a mendigar subvenciones oficiales para poder atender a sus enfermos y cómo, por más que se esfuerce, no llega a reunir dinero suficiente para costear medicamentos caros que sólo sean útiles sin ser absolutamente imprescindibles. De otro lado, el cajero de un hospital tiene aún otra miseria a la vista: vive envuelto en el olor para aliviar dolores y que se deslizan por las largas crujías con tanto sigilo como si temiesen despertar a la muerte.

La señora Igne había aprendido a sonreír a su esposo cuando éste volvía de la oficina: no con la risa fuerte y gárrula de quien encuentra placer en su propio reír, sino con una sonrisa callada, más de los ojos que de la boca. Se mantenía bien de salud, algunas veces se coloreaba las mejillas y, a la noche, tenía siempre un aspecto fresco y lozano, a pesar de haber estado batallando todo el día con sus niños, alborotadores y tercos. La señora Igne se avergonzaba cuando le tomaba el sueldo a su marido y lo repartía en las bolsitas de papel preparadas al efecto, en las que estaba anotado qué destino había de darse a cada una.

Aquel domingo, Johannes, el cajero, le había regalado una moneda de cinco marcos. Sacándola del bolsillo como por arte de encantamiento, la echó por el aire diciendo: "¡Cógela!" Y ella atrapó la plateada moneda y, al mirarla, sintió cierto temor y, por un instante, vio también dibujarse el miedo en los labios de su esposo, quien, sin embargo, pronto se puso a reír.

—Es para la feria —cuchicheó—. Para los niños. Todos los niños tienen dinero para la feria.

—Sí —cuchicheó Igne.

—He vendido una cosa —cuchicheó Johannes— y me han dado por ella cinco marcos.

En verdad los había tomado de la caja a última hora de la noche del sábado y sin el menor riesgo. Pero su mujer no debía notarlo, como tampoco debía saber lo otro: que el lunes pensaba donar sangre. Le habían citado para el lunes. Daría sangre y recibiría por ella cinco marcos. Hubiese podido esperar hasta el lunes, pero aquel domingo terminaba la feria y los chicos debían tener algún dinero. Para ello donaría sangre el lunes y, seguramente, sin lo de la feria no se habría ocurrido tan generosa idea.

La señora Igne no le preguntó lo que había vendido. Era inteligente y, además, sentía ahora resurgir en ella aquella especie de tímido y altivo reto que a veces, por unas horas, cambiaba su vida, haciéndole creer que, tras un "borrón y cuenta nueva", era ella una mujer rica, inmensamente rica. Con los ojos cerrados, en pie, figurábase inmensamente rica mientras retenía en su mano la plateada moneda.

Al salir de la casa con los niños, el marido estaba tendido en el sofá con un periódico en la mano. Sabía ella que ahora él se sentía orgulloso de sí mismo y feliz, y que, por eso, se ocultaba tras el periódico. Quería mucho a Johannes. La enternecían su desvalimiento y su tímido deseo de alegría, pero sobre todo su desvalimiento. Lo quería casi como quiere una madre, como ella misma quería a sus hijos, a aquellos niños que tanto la mortificaban con sus diabluras; también cuando cogía el sueldo y lo repartía en las bolsitas de papel. Ahora, Johannes le había hecho una jugada, una astuta jugada que ella no acababa de ver bien.

Los niños podían decir lo que deseaban. Luego que hubieron dado limosna a algunos mendigos, fueron a montar en los caballitos, compraron caramelos, y la madre tuvo que tirar al blanco en la caseta de tiro, y cada uno recibió un sombrero de paja de alas anchas. Y mientras los niños seguían descubriendo novedades en la plazuela, y mientras los organillos tocaban estridentes melodías y Cristobita aporreaba al demonio, experimentó ella, de pronto, un vivo sentimiento de temor, lo mismo que poco antes, cuando había tomado en la mano los cinco marcos y había visto dibujarse el miedo en los labios de su esposo; y el temor que sentía era por aquel dinero tan rápidamente malgastado, dinero malgastado en dar vueltas, disparar y chupar caramelos; en casa comían siempre margarina; al más pequeño le hacían falta unos zapatos; sin embargo, cuando, mordiéndose el labio, prohibióselo a sí misma ceder a aquel miedo incipiente, comprendió que no era el derroche lo que la amedrentaba, sino otra cosa, algo indefinido y apenas sospechado, que venía de todo aquel girar y más girar que enloquecía a los niños y quizá al marido también; porque sus hijos y su marido no comprendían nada del dinero con que tenían que pagar; sólo ella sabía del dinero, y no era el dinero, era otra cosa, lo que ellos iban consumiendo: una parte de ella misma; consumían esta parte de ella misma y la lanzaban al viento, dilapidándola en carruseles y golosinas. Sacudió la cabeza y se pasó la mano por la sien. Durante un largo rato estuvo mirando en la cara, fijamente, al hombre de los columpios, un hombre de pringoso tricot negro, rostro atezado y macizos músculos, pero ella misma no sabía que estaba mirándola y, al darse cuenta de ello por un movimiento de aquel hombre, volvió la cabeza y se alejó de allí.

Dio a los niños el resto del dinero, repartiéndolo cuidadosamente según la edad y los merecimientos de cada uno, y les aconsejó cómo debían emplearlo. A poco, dirigíase a ella el pescadero a quien ella comprara, el viernes pasado, el pescado más barato que había. Y olió el olor de pescado que iba como pegado al cuerpo del vendedor.

El hombre le hablaba a borbotones, frotábase las anchas manos encogiéndose de hombros y se estiraba fornido sobre las piernas. La señora Igne se oyó a sí misma reír y responder algunas palabras en un tono claro, desconcertante, infantil, con una voz que se elevaba cada vez más como si ella misma tuviese que subir por unas escaleras apurando las últimas fuerzas. Y mientras reía al lado de aquel hombre y olía el tufo del pescado, mientras oía y respondía, regresaron los niños, ya con las manos vacías, gastado todo el dinero. Quedáronse algo apartados de la madre, sólo un paso, y ponían cara de atareados, como si no reparasen en su madre, y movían en los bolsillos los puños flacos, sin nada.

El pescadero los llamó con voz resonante, dio un marco al más pequeño y díjole:

—Vamos, ahora invita tú a tus hermanos, caballerito.

La señora Igne vio la moneda en la diminuta mano, que, estremecida, se cerró. Acosada por una codicia repentina, arrebató al niño la moneda con veloz ademán:

—Yo te la guardo. La meterás en la hucha. ¡Ya habéis gastado bastante dinero!

De nuevo se oyó su propia voz como si fuese la de otra mujer, y se avergonzó ante el pescadero, como si éste pudiese penetrar su avaricia, y se avergonzó ante la cara desconsolada del pequeño, que se contrajo con un gesto de terrible decepción. "¿Es que tengo miedo?", se preguntó. "¿De qué tengo miedo?".

Precipitadamente, como si la hubiesen sorprendido cometiendo alguna mala acción, restituyó el marco. El pequeño se fue corriendo y el pescadero rió bondadosamente. Sin querer, odiaba a aquel hombre. Lo dejó plantado y salió corriendo tras el niño.

El niño había perdido el marco. La pérdida no le preocupaba lo más mínimo y miraba indiferente a su madre, que buscaba por el pisoteado césped, agachada a tierra entre el retinglar de los organillos, tanteando en círculo con los dedos extendidos. Si la madre no le hubiese disputado antes la moneda, hubiese llorado. Pero así, había algo de vindicativa satisfacción en verla buscando afanosamente el marco perdido.

La señora Igne no buscó por mucho tiempo. Comprendió que la búsqueda era inútil. Se encontraba cansada y desmoralizada. Reprendió al niño:

—¡Si me hubiesen dejado a mí el marco!

Volviendo a casa, no se le iba de la imaginación el césped pisoteado por el que había estado buscando la moneda como la felicidad perdida, y en sus oídos resonaba el bullicio de la música, los chillidos de los niños.

Más tarde, ya en casa, reprendió a su marido. Era un gastador, y mandando a los niños a la feria con tanto dinero, éstos aprendían demasiado pronto a derrochar del modo más absurdo. Johannes, que no se atrevía a confesar que por aquel dinero aún tenía él que pagar con sangre, intentó defenderse con endebles argumentos. Habló de la necesidad de distraerse. de la alegría de vivir. Pero muy pronto enmudeció cuando el disgusto de la señora Igne se desató en sollozos que él no lograba comprender.